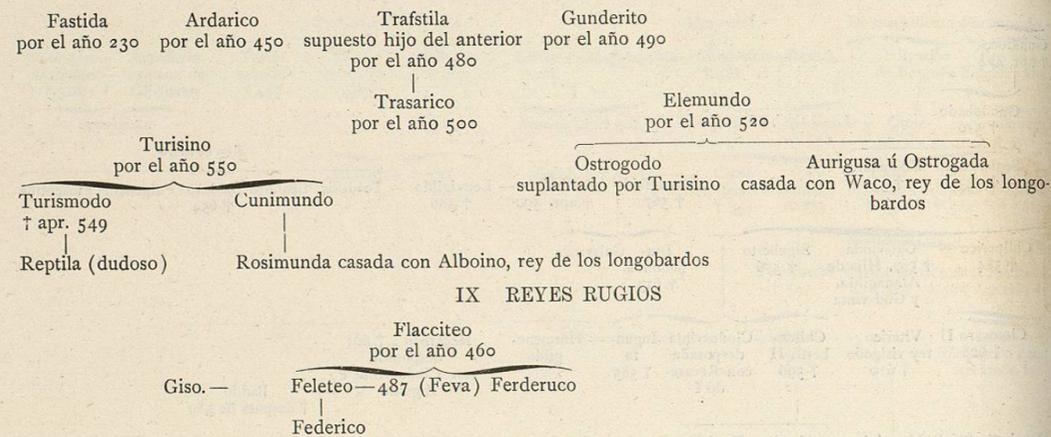


VIII REYES GEPIDOS



NOTA. — La genealogía de los reyes longobardos se dará al fin de la historia de este pueblo.

SEGUNDA PARTE

LOS GERMANOS OCCIDENTALES HASTA EL ESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO DE LOS FRANCOS

CAPITULO PRIMERO

LOS CIMBROS Y TEUTONES

El poder de Roma estaba ya á grandísima altura cuando la raza germánica llamó por primera vez á sus puertas.

Esta llamada fué el «terror cimbrico» ó el ataque de los cimbricos.

Después de la destrucción del imperio macedónico, extendióse el dominio de Roma desde las columnas de Hércules hasta las embocaduras del Nilo y del Orontes (en Siria) y pesaba sobre los pueblos que abarcaba como la última palabra del inexorable destino. En semejante superioridad de fuerza, cultura y organización, habían de estrellarse las primeras masas germánicas al abalanzarse contra tan potente é inexpugnable baluarte, pero no sin que su impetuoso empuje dejara en el ánimo de los romanos un ominoso presagio de peligros que posteriormente podían temerse de aquella parte del horizonte político.

Los romanos en el año 115 antes del nacimiento de J. C. habían traspasado los Alpes orientales entre Trieste y Laibach y hecho un convenio de amistad y hospitalidad con la tribu celta de los tauriscos; poco después dirigiéronse sus legiones desde la Macedonia contra los escordiscos establecidos á orillas del Morava en la Serbia que en unión con los dálmatas habían inquietado repetidas veces las fronteras romanas. Así llegaron las armas del poderoso imperio por primera vez hasta las orillas del Danubio, donde al cabo de algunos revéses acabaron por dar una severísima lección á estos pueblos celtas.

Estos progresos de Roma fueron causa de que los vencidos llamasen á su auxilio á otro pueblo que desde bastante tiempo vagaba sin asiento fijo por sus fronteras septentrionales, ó que tal vez invadió su territorio con mayor éxito cuando los celtas humillados y debilitados por las armas romanas, que daron sin fuerza para oponerse y resistir á los invasores.

Este pueblo era el de los cimbricos que con sus vecinos los teutones y los ambrones, según Festo, huyendo de su país á consecuencia de una inundación por los años 125 á 120 antes de nuestra era, se habían trasladado de las playas septentrionales de Alemania hácia el Mediodía, donde se les agregaron muchos celtas. Gran parte debieron de tener en el impulso dado á estas grandes traslaciones el aumento de la población y la consiguiente escasez de los medios de subsistencia, en especial la caza y además quizás un suceso extraordinario; conforme puede inferirse por el número verdaderamente asombroso que las relaciones romanas al dar cuenta de sus victorias, atribuyen á estas hordas, por mucho que se reduzca en atención á las exageraciones de los generales romanos. Menos numerosos eran los helvecios y sin

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

embargo el hambre les obligó á emigrar en tiempo de César; y finalmente no eran estas traslaciones mas que una continuación de la primera del Asia.

Plutarco dice que entre cimbricos y teutones reunían 30000 hombres de armas, porque de los teutones fueron muertos por los romanos y hechos prisioneros 100,000; de cimbricos murieron 120,000, y 60,000 fueron vendidos como esclavos. Tito Livio da otros números, á saber:

	Hombres de armas
Teutones muertos	200,000
id. prisioneros	90,000
Cimbricos muertos	140,000
id. prisioneros	60,000
Total	490,000

Los ambrones se calcularon en mas de 30,000 guerreros.

Es muy probable que las relaciones que hicieron á Estrabon fuesen perfectamente verídicas respecto de una colosal marea que había inundado la «península cimbrica» (Dinamarca) y obligado á sus habitantes á buscar un país mas hospitalario, porque profundas huellas han dejado en aquel país análogas inundaciones ocurridas en épocas prehistóricas; y si Estrabon se resistió á creerlo porque sabía que en el mismo país continuaban viviendo cimbricos, no quiere decir esto sino que solo emigró la parte de aquel pueblo que se vió mas amenazada por el elemento acuático en las mareas extraordinarias. Los cimbricos que allí quedaron se mencionan todavía en épocas muy posteriores, puesto que enviaron una embajada á César Augusto. Una cosa análoga ocurrió en las grandes emigraciones de los vándalos y longobardos, causadas también por el hambre.

Ciertamente no salieron de su país para «conquistar la Italia» que ni conocían, ni podían trasladarse á ella en masa sino empujados por alguna fuerza mayor; como lo evidencia el hecho de que, aunque vencedores, tanto ellos como las demás tribus y razas germánicas, solicitaron siempre de los gobernantes romanos, territorios donde vivir.

Viajaban con lentitud durante la estación favorable, llevando sus familias en carretas, y acampaban formando parapetos con su impedimenta, durante la mala estación, marchando cuando se sentían empujados por el hambre ó por otras hordas que les seguían, sin mas objeto ni norte que encontrar una tierra donde establecerse, evitando luchas cuando podían lograr paso libre por medios pacíficos, hasta que al fin y al cabo encontraron el camino definitivamente cerrado y en frente de ellos el imperio romano. Los romanos hasta entonces no habían hecho distinción entre unos y otros bárbaros ni apenas se habían cuidado mas que de los celtas y

rosos romanos, á los cuales preguntaban los bárbaros en son de mofa si tenían algún recado que darles para sus mujeres en Italia.

Mario los dejó decir y se contentó con seguirlos por las alturas descansando con sus tropas por las noches en campamentos bien fortificados.

Habían pasado los germanos el Durance y llegado á Aix en la Provenza, donde determinaron descansar antes de llegar á la gran vía marítima, muy admirados de ver manar de la tierra las aguas calientes cerca del riachuelo Arc, mientras Mario estableció su campamento en el Monte de San Victorio que domina aquel valle. Al hacer provision de agua á la caída de la tarde llegaron á las manos los bagajeros ligurios con los ambrones que hubieron de retirarse á sus parapetos de caretas desde las cuales las mujeres germánicas repartieron hachazos y tajos de espada indistintamente á los romanos que atacaban y á los suyos porque huían, hasta que la noche los separó, durante la cual se oyeron en el campamento romano los cantos fúnebres de los germanos. Al tercer día por la mañana formó Mario sus tropas, envalentonadas ya, en orden de batalla en cierta altura á fin de obligar al enemigo á subir la escarpada pendiente. Los bárbaros renovaron sus ataques hasta medio día en que el calor acabó con sus fuerzas: las mortíferas espadas cortas y anchas manejadas por los hábiles guerreros romanos hicieron muchos claros en las filas, y cediendo ya cansados, fueron perseguidos hasta el valle por los legionarios. En este momento salió por detrás de los germanos con grandes alaridos un destacamento de 300 hombres mandados por Claudio Marcelo que hasta entonces había aguardado oculto en la próxima selva. El resultado fué el exterminio total de los germanos cuya aglomeración en forma de cuña hacia imposible todo movimiento, además de que consternados no sabían adonde dirigirse ni qué hacer. De los 100,000 guerreros no se escapó ni uno; los que no dejaron allí la vida fueron hechos prisioneros, entre ellos, su rey Teutobodo, hombre de elevadísima estatura y tan ágil que podía saltar sobre seis caballos colocados uno al lado del otro. Las mujeres se defendieron en sus caretas con desesperación, y las que no murieron, se mataron durante la misma noche para no ser esclavas y servir á los vencedores, que se habían negado á prometer respetarlas. Teutobodo no era mas que uno de los tantos caudillos de tribu que murieron ó fueron hechos prisioneros en esta acción. Estrabon, que no conocía á los teutones, refiere esta batalla como si los vencidos hubiesen sido solo helvecios, es decir tigurinos y tougenes, unidos á los cimbrós. Mario cedió á los habitantes de Marsella el canal que había construido, como recompensa de su cooperación contra los ambrones y tougenos.

Entre tanto habían seguido su camino en dirección de oriente los cimbrós, divididos en tres grupos, componiendo el último á guisa de retaguardia los tigurinos. Desde Suiza pasaron sucesivamente por el monte Brenner, el Isarco (hoy Eisak) y siguiendo la corriente del Adige penetraron en el Tirol meridional, donde les aguardaba al Sur de Trento el consul Quinto Lucio Catulo. Este, siguiendo la táctica romana de entonces, había echado un puente sobre el Adige y ocupado sus dos orillas; mas cuando sus tropas vieron asomar por las alturas de los Alpes á los hombres del Norte esponiendo sus cuerpos desnudos é insensibles al frío y á la nieve, como acostumbrados á ello desde su infancia; cuando les vieron deslizarse, sentados sobre sus anchos escudos, por las laderas cubiertas de hielo y de nieve, y arrojar al río árboles y troncos para que derribasen el puente, se apoderó de ellas el terror cimbrico y huyeron, habiendo jinetes que no pararon hasta Roma. Solo una legión se sacrificó y resistió

detrás de sus baluartes de tierra en la orilla izquierda, pero hubo de ceder á la fuerza mayor, bien que los germanos admirados de su valor concedieron la libertad á los soldados romanos, jurándoles, delante de un ídolo de bronce que representaba un toro y que llevaban consigo, que los dejarían ir en paz. Gracias á esta generosidad pudo cubrir el cónsul la retirada que continuó hasta la orilla derecha del Pó. Los bárbaros quedaron dueños de todo el país entre este río y los Alpes; pero no se cuidaron de aprovechar su victoria, contentándose con regalarse sin pensar que allí no podían continuar indefinidamente mientras no estuviese aniquilado el poder de Roma. Este inconcebible descuido salvó á Roma, que tuvo tiempo todo el otoño é invierno del año 102 para rehacerse y esperar la venida de Mario con sus legiones. No tardó Mario en acudir desde la Galia: al llegar el verano del año 101 se había ya reunido con el procónsul Catulo, y ambos con un total de 50,000 hombres pasaron juntos el Pó en busca de los invasores. Los cimbrós entre tanto sin plan, ó con el objeto de poder pasar mejor el río, se habían alejado del interior subiendo la corriente del Pó, ó quizá también para ir á recibir á sus hermanos los tentones que debían entrar en Italia según esperaban ó por Turin ó Génova: pero en lugar de ellos presentóseles su vencedor, Mario. Junto á Vercelli se encontraron los dos ejércitos. Según la costumbre de los bárbaros quiso Boyorico, el caudillo de los cimbrós que el general romano fijara sitio y hora para el combate, lo cual este aceptó muy gozoso fijando la mañana siguiente, 30 de julio de 101 y los campos ráudicos al Sur de la ciudad, como terreno muy favorable para su caballería.

Los cimbrós habían tenido noticia del exterminio de los teutones, pero sin darle crédito; mas cuando el general romano les enseñó los prisioneros, hubieron de rendirse á la evidencia; y desde aquel momento debieron de perder gran parte de su brio; porque antes de entrar en batalla volvieron en su bárbara ignorancia á solicitar terreno para sí y sus hermanos, á lo cual les contestó Mario con sorna: «Esos ya tienen la tierra que necesitan.»

Muy de mañana pusieronse los bárbaros en orden de batalla, envueltos en espesa niebla tan comun en aquellos llanos húmedos y pantanosos, formando cuadro su caballería cubierta de reluciente armadura pero torpe, y que al verse atacada de repente por la de Mario, mucho mas numerosa, se desbandó, cayendo en su huida sobre los infantes que todavía no habían formado su cuña. Mientras este ataque por el flanco llevaba la mas indescriptible confusión á las masas germánicas, tanto mayor cuanto que los hombres de las primeras filas se habían atado unos á otros con cadenas entorpeciendo así sus movimientos, les embistió de frente Catulo con sus legiones y empezó la matanza. Cuando el sol estuvo en la mitad de su carrera, el pueblo y el ejército cimbrós habían cesado de existir. Los jefes ó reyes Boyorico y Lugio habían muerto despues de hacer gran destrozo en sus enemigos; Claodico y Cesorix estaban prisioneros; 33 divisas y muchos cuernos de guerra que servían á los bárbaros de clarines, aquel toro de bronce y 60 000 prisioneros habían caído en manos de los vencedores sirviendo muchos de estos últimos despues en los juegos del circo romano. (1)

En el campo de batalla quedaron 140,000 germanos muertos. Los romanos contaron despues que al acorrallar á

(1) Cuando la rebelion de Espartaco en el año 73 suministraron los germanos un cuerpo de ejército entero compuesto de gladiadores. Verdad es que habiendo pasado 28 años de su derrota, este cuerpo no podía componerse solo de cimbrós

los bárbaros contra su campamento, vieron cómo las mujeres de estos arrojaban á sus hombres proyectiles mortíferos, y se defendían luego desde sus carros como desde elevadas torres con picas y venablos contra los romanos, matándose ellas mismas antes de caer prisioneras como lo hicieron también muchos hombres. Una madre plantó la lanza de su carreta enhiesta en el suelo y se ahorcó en ella con sus hijos. Muertas ellas, defendieron todavía los perros los carros de sus amos.

Los tigurinos que formaban á la espalda de los cimbrós en las alturas próximas, se dieron prisa á volverse á su país al saber el exterminio de sus compañeros; y Roma quedó por esta vez libre de ver á los bárbaros dentro de sus muros, no por efecto de su propia fuerza, sino gracias á la ignorancia y completa falta de plan de los invasores.

Durante largo tiempo se conservó en la imaginación del pueblo el terror de los cimbrós con sus gigantescos cuerpos y horrible aspecto; en los rótulos de las tiendas como en los escudos de los guerreros figuraban despues á menudo cimbrós que enseñaban la lengua; y para calificar una persona de feísima, la comparaban con estas figuras contrahechas y disformes. También se menciona en los fastos capitolinos al cajero de la tienda de cambista que tenía por muestra: *ad scutum cimbricum*.

Durante largo tiempo pasó como cosa corriente que los habitantes de las Siete y de las Trece comunas, dos distritos en Italia, donde se ha conservado el idioma alemán antiguo, eran descendientes de los cimbrós; mas ahora ya se ha probado que este es un error.

CAPÍTULO II

CÉSAR Y LOS GERMANOS

Había pasado casi medio siglo desde el exterminio de los teutones y cimbrós, cuando se encontraron otra vez frente á frente romanos y germanos. Lo que hicieron estos últimos en este intervalo no se sabe, á excepción de lo que se refiere directamente á esta segunda colisión, y lo que se desprende del lugar y circunstancias en que ambos pueblos volvieron á encontrarse.

Cuando la expedición de los cimbrós, las comarcas al Norte y Este del Rhin estaban pobladas de celtas y hasta entonces no había pisado ningún pueblo germánico el suelo de la Galia, habitado exclusivamente por galos desde el Rhin hasta el mar. Pero cincuenta años despues ya la situación era muy distinta. No solamente ocupaba la raza germánica toda la orilla derecha del Rhin, sino que al otro lado muy tierra adentro se habían establecido pueblos de esta misma raza, y hasta un rey suevo pudo por un momento amenazar con extender su dominio sobre toda la Galia, de lo cual se deduce que durante estos cincuenta años habían adelantado los germanos sin parar en dirección de Oeste, y no por medio de expediciones, ni de bandas aisladas, sino seguidamente pueblo tras pueblo en toda la línea uno al lado del otro, y seguidos todos por nuevas masas. Sin duda las mismas causas de estas traslaciones totales se manifestaran en todos los grupos y ramas simultáneamente, produciendo así mas que emigraciones parciales una inundación general, conforme explicamos ya en la parte primera de esta obra; inundación que cual misterioso océano enviaba desde las selvas germánicas siempre nuevas y mayores oleadas de gente al territorio romano, donde con gran terror de los romanos renovaban con siempre creciente número las masas que iban muriendo aniquiladas ó por las armas romanas ó en su servicio por sus enemigos exteriores ó en sus guerras

civiles. Como en la expedición de los cimbrós y teutones, asombran los números que los autores latinos han conservado. Ariovisto se presentó á la cabeza de 120,000 combatientes de los cuales sucumbieron en la batalla y en la huida 80,000; el pueblo de los teucteros, que pasaba por poco poderoso, contaba sin embargo 430,000 almas; de los sicambros (mejor: sagambres) trasladaron los romanos al otro lado del Rhin 40,000; y del pueblo de los brúcteros, que ocupaba pocos distritos, mataron 60,000. Mayores números arrojan todavía datos posteriores, aun teniendo en cuenta la exageración de los capitanes romanos, cuando tratan de las guerras contra los cuados y marcomanos y de las correrías de godos y alamanos. Razon tenía Tácito de mencionar ya en su tiempo el número extraordinario de almas de los pueblos germánicos; pero solo hoy comprendemos porqué los territorios que en nuestros días alimentan una población mucho mayor, no bastaban entonces á mantener aquellas. Este motivo principal de las emigraciones en masa no excluía otros motivos parciales y accidentales que ocasionaron la salida de grupos menores de su territorio como sucedió á los catos batavos y despues á una parte de los noruegos que prefirió emigrar á quedar dominada por su rey Haraldo Harfáger; pero el motivo principal era el aumento excesivo de población unido á la incapacidad ó aversión á roturar y cultivar el territorio patrio con el sudor de la frente, prefiriendo ir á buscar una vida mas cómoda en comarcas cultivadas por otros, y ricas.

Al principio y durante mucho tiempo habíanse seguido unas á otras expediciones sueltas, como la de los cimbrós y teutones, mas ó menos numerosas y belicosas, atacando y sometiendo ó arrojando ó por fin evitando con un rodeo á las poblaciones celtas que se oponían al paso hacia el Rhin y que á su vez los atacaban para tener despejada la comunicación con los grupos é islotes celtas establecidos en diferentes regiones de Alemania y á espaldas de hordas que pretendían invadir la Galia. Esta es la época de la cual habla César cuando dice: «Algun día eran los mas fuertes los galos; ellos atacaron con tesón á los germanos en la otra parte del Rhin, y establecieron colonias en las comarcas mas fértiles de Germania hacia la selva Hercinia para dar salida al exceso de su propia población y suplir así á la insuficiencia de sus tierras de labor.» Podrán haberse efectuado excepcionalmente estas emigraciones de Galia á la Germania; pero en general eran los celtas de este último país los que se habían quedado establecidos allí cuando su inmigración del Asia, muy anterior á la de los germanos, que cuando aparecieron á su vez en Europa los desalojaron en parte, sometiéndolos á los que no se marchaban ó encerrándolos á manera de islotes si eran bastante fuertes y numerosos para resistir. Otros pueblos celtas ó cuando menos celtas en su mayoría como los belgas, es decir los nervios, eburones y otros, alabábanse de ser germanos por tener estos últimos mas fama de valientes; y no falta quien lo cree todavía hoy, á pesar de sus nombres y organización enteramente celtas, mientras tribus realmente germánicas implantadas en medio de la población de Galia, como los vangiones, conservaron su nombre germánico intacto.

El país celta por excelencia, la Galia, recibió, como toda la Europa central y septentrional, su civilización del Mediodía, á saber: primero de los helenos, que por el año 600 antes de nuestra era fundaron en la embocadura del Ródano la ciudad de Marsella, como colonia de los helenos de Focea en el Asia Menor. Estos se armaron muy temprano á Roma para luchar mejor contra los cartagineses que dominaban en toda la parte occidental del Mediterráneo, y particularmente en las aguas españolas. Desde Marsella exten-

principalmente de los de la Galia, por cuya razón creyeron durante mucho tiempo que todos eran celtas ó *gálatas* (galos) de los que quemaron á Roma y Delfos. El primer autor romano que distinguió bien los nuevos bárbaros de los celtas fué César, que caracteriza á los cimbrós y teutones expresamente como germanos, notando su colosal estatura y sus ojos de color gris azulado y de siniestro brillo.

Plutarco ya sabía que estos pueblos vivían á orillas del mar del Norte. Plinio menciona la península y promontorio de los cimbrós en frente de la Escandinavia y cuyos habitantes dice forman parte de la gran rama ingevona; y Tácito, al hablar de los cimbrós que quedaron en aquel país, sabía que formaban un grupo muy reducido, que poco á poco debió de confundirse con los daneses y anglios que inmigraron allí posteriormente.

Yendo hácia el sur llegaron los emigrantes al país de los boyos, pueblo celta que los rechazó obligándoles á dar un rodeo hácia Oriente. Dejando, pues, la Bohemia y la selva Hercinia, hoy los Sudetes, á mano derecha, pasando por la Silesia hasta llegar al Danubio el cual atravesaron quizá cerca de Carnunto, y dirigiéndose desde allí otra vez hácia el Oeste, atrevaron el país de los escordiscos, y se presentaron en el territorio de los tauriscos aliados ó amigos de Roma que guardaban los desfiladeros que desde la Carintia atraviesan los Alpes. Allí los invasores se encontraron frente á frente con el poder romano que los aguardaba en la persona del cónsul Cneo Papirio Carbon, que procedente de Aquileya les intimó que evacuaran el territorio de los tauriscos, amigos «y huéspedes» de Roma. Obedecieron los germanos la intimación alegando como excusa su ignorancia de esta relación de amistad, lo cual prueba que ni siquiera soñaban entonces en atacar ó conquistar la Italia. Los guías que se les dieron para conducirlos fuera del país de los tauriscos, los llevaron á un punto cerca de Noreya en Carintia, á 1200 estadios de Aquileya, donde el cónsul les tenía preparada una emboscada; pero su arteria le habría costado muy cara si una gran tempestad no hubiese venido á tiempo á salvar el resto de sus fuerzas de una completa destrucción á manos de los germanos indignados. Esta acción ocurrió en el año 113 antes de la era cristiana; pero aunque los vencedores pudieron haber penetrado entonces en Italia, prefirieron dirigirse al Oeste, quizás á lo largo de la vertiente septentrional de los Alpes Nóricos, sin que se sepa el motivo. Vuelven á encontrarse luego en la Suiza, ó comarca de los helvecios, donde se les agregaron pueblos celtas, entre otros los tigurines que dieron su nombre á la actual ciudad de Zurich, y quizás también los tougenes, atraídos por el aliciente del botín que los invasores emigrantes habían reunido en su camino, marchando siempre á la ventura.

La idea de penetrar en la Galia les vino probablemente junta con la noticia de sus riquezas cuando se hallaban en Suiza, porque es preciso no olvidar que su marcha se efectuaba por períodos intermitentes cuando al cabo de uno ó más años volvían á verse materialmente obligados á levantar sus tiendas. En ninguna parte había sitio para todo un pueblo, ni tampoco podían exterminar ni expulsar siempre á las poblaciones que encontraban á su paso, ni menos mantenerse demasiado tiempo en un mismo punto solo de la rapiña. Así pasaron cuatro años entre la batalla de Noreya y su entrada en la Galia donde devastaron hasta muy adentro todo el país llano, llegando la desolación á tal punto que los celtas encerrados en las ciudades del Mediodía, decididos á resistirse hasta el último momento, hubieron de echar mano de la carne humana para mantenerse, hasta que los romanos pudiesen socorrerles con víveres y tropas para atajar el paso á las hordas germánicas.

No se sabe si fué á su entrada en la Galia ó á la salida cuando dejaron su impedimenta al cargo de 6,000 hombres en la orilla derecha del Rin, donde aislados del grueso de los suyos, y mucho más después del exterminio total de su ejército, fueron hostilizados naturalmente por los habitantes del país y de las comarcas vecinas que los empujaron paso á paso siempre más al Norte hasta que se les dejó establecerse definitivamente entre los ríos Sambre y Mosa en el distrito de Namur, donde después los encontró César bajo el nombre de adnaticos completamente celtificados.

Cuando los germanos vieron que se les iba á hacer resistencia sería con un ejército á las órdenes del cónsul Marco Junio Silano, se decidieron á suplicar que se les cedieran terrenos donde establecerse; petición de todas las hordas bárbaras ambulantes de aquella época; mas no fueron escuchados; el cónsul por toda contestación los atacó en el año 109 antes de J. C., pero con tan mala suerte que quedó completamente derrotado y su campamento en poder de los vencedores. Estos volvieron entonces á su primera solicitud en cambio de lo único que podían prometer; de dar contingentes al ejército romano. A este fin mandaron una embajada á Roma que, hallándose entonces en lo mejor de su carrera hácia el imperio del mundo, estaba muy distante de querer valerse de semejantes auxiliares que tres siglos después constituyeron casi su fuerza principal. Se burló, pues, de las proposiciones de los teutones cuyos embajadores recibieron una rotunda negativa. A uno de los teutones enseñaron en el foro una obra artística griega que representaba á un viejo pastor apoyado en su cayado, y le preguntaron cuánto creía que podía valer, á lo cual contestó el teuton que aunque le regalasen semejante decrepito vivo no lo querría.

Durante estas negociaciones se había adelantado siempre hácia el Sur una parte de los germanos ambulantes, los tigurinos y tougenos, que quizás hacían esta expedición por su cuenta propia. Cerca de Agen, en el país de los nitobroges, entre el Loira y el Garona, se encontraron en 107 con el cónsul Lucio Casio Longino y su legado consular Cayo Pison, y ambos fueron derrotados y destruidos con sus tropas, de las cuales salvó Cayo Popilio un pequeño resto mediante el convenio vergonzoso de entregar á los vencedores en garantía de rehenes, las armas y la mitad del bagaje de los vencidos. Tan completa fué esta derrota que la importante población celta de la tribu tectósaga, Tolosa, se sublevó y mató á la guarnición romana.

El grueso de los invasores había quedado muy rezagado, pues todavía un año después, en 106, estaban los cimbrós en la orilla izquierda del Ródano, cuando el general y procónsul nuevamente nombrado Quinto Servilio Cepion, volvió á someter á Tolosa. Cuando al siguiente año, 115 antes de J. C., pasaron los cimbrós acaudillados por su joven rey Boyorico á orillas del Ródano con intención de seguir adelante, encontraron apostados ya tres ejércitos romanos para disputarles el paso, mandados uno por el cónsul Cneo Malior Máximo, otro por su legado consular Marco Aurelio Escuro, los cuales habían pasado con sus respectivos cuerpos el río, y el tercero por el procónsul Cepion que quedó con sus fuerzas en la orilla derecha. El segundo de estos tres cuerpos fué desde luego derrotado completamente y hecho prisionero su jefe, que cargado de cadenas pero lleno de orgullo romano, aconsejó al rey bárbaro, cuando le fué presentado en su tienda, que no invadiera la Italia porque al fin y al cabo Roma era invencible, á lo cual contestó el germano encendido de ira, matándole allí mismo. En vista de este descalabro llamó Malio Máximo al procónsul Cepion con sus fuerzas á la orilla izquierda. Obedeció este vacilando; pe-

ro por fin se reunieron ambos cuerpos cerca de Orange al norte de Aviñon. Entonces solicitaron los cimbrós otra vez la paz, porque á pesar de sus brillantes victorias no dejaban de conocer que se hallaban aislados, en frente de un poder superior á ellos bajo todos conceptos no obstante las últimas derrotas, y evidentemente habían perdido mucha gente que no podían reemplazar. La envidia y la desunión de los dos generales romanos salvó á los bárbaros esta vez. El procónsul Cepion, aristócrata entonado, al ver que Máximo, hombre de humilde cuna, trataba con los bárbaros, temió perder una ocasión brillante para cobrar fama y atacó á los germanos sin hacer caso de su compañero. Los resultados de esta ciega imprudencia fueron la destrucción de su ejército, la pérdida de su campamento, que cayó en manos de los bárbaros en 6 de octubre del año 105, y la inevitable derrota del tercero y último ejército romano del Ródano á las órdenes de Máximo.

Los mismos romanos, según Tito Livio, calcularon su pérdida en 80,000 guerreros y 10,000 hombres bagajeros y de tren, escapando de todos los tres ejércitos solo diez hombres que pudieron llegar á la otra orilla del río.

Antes de la acción los germanos, según su antigua costumbre, habían sacrificado á sus dioses varios prisioneros y al gun botín como parte que les correspondía y á fin de que les facilitasen la victoria, ahorcando á los unos de los árboles y degollando á los otros. Estrabon refiere, que la tarea del sacrificio incumbía á sacerdotisas ancianas de blanca cabellera y vestidos del mismo color, que esperaban de pié en un elevado andamio, con un cuchillo en la mano y delante de una grandísima caldera ó tinaja (como la que en tiempos posteriores enviaron como regalo los cimbrós de Jutlandia á César Augusto), á los prisioneros que debían ser sacrificados. Estos, coronados de flores y guirnaldas como víctimas sagradas, fueron paseados por el campamento y conducidos finalmente junto á la caldera, donde inclinada la cabeza sobre el borde les cortaba la sacerdotisa el cuello, pronosticando por la inspección de la sangre que corría y luego por la de los intestinos la próxima derrota ó victoria. El oro y la plata que sacrificaron á los dioses lo echaron al río, lo mismo que los caballos; y la parte que correspondía también sacrificar de las armas conquistadas la enterraron después de inutilizada. Una lancha llena de armas rotas junto con un cráneo de caballo destrozado, hundida expresamente, se encontró hace algunos años en las aguas de Slesvig.

Esta terrible derrota fué mayor aun que la de Canas; y provocó un levantamiento general de todos los bárbaros en España y Galia. Los pasos de los Alpes quedaron sin defensa lo mismo que la Italia toda, donde no había ejército, y el gobierno romano tuvo que adoptar medidas como solo las había tomado en los momentos de mayor angustia cuando la invasión de los celtas y su llegada hasta al pié del Capitolio: por orden del Senado se abrevió el tiempo de luto por muertos en la guerra; todos los varones capaces de llevar las armas hubieron de jurar no abandonar el suelo italiano y se prohibió á los buques embarcar hombres válidos; en una palabra, se había apoderado de todos el terror cimbrico.

Pero los cimbrós no tenían ningun plan, y mucho menos el de conquistar á Roma. En lugar de pasar los Alpes y penetrar en Italia, embistieron en dirección contraria, derramándose por la Auvernia, llevando el terror y la desolación á todas las partes del llano, porque los arvernos defendieron con tesón sus castillos, hasta que los invasores, no encontrando ya nada para sí en el país devastado, se dirigieron hácia el Sur, quizá porque habían oído decir que el país entre el Garona y los Pirineos no había sufrido todavía saqueo alguno, ó

porque creyesen pasar mas adelante y estar mas seguros de los romanos en España que en la Galia. Los bizarros cántabros y celtíberos no se dejaron intimidar; defendieron sus desfiladeros con mucho valor y tenacidad, y cuando á pesar de esto los germanos lograron penetrar al otro lado, encontraron tanta resistencia que después de dos años de luchas estériles, tuvieron que repasar los Pirineos en el año 103 antes de nuestra era, al parecer por el lado de Irun, y marcharon devastando y asolando todo el país á lo largo del golfo de Vizcaya hasta mas allá del Sena. Es fácil que fuesen solo los cimbrós los que penetraron en España, porque el autor latino Apiano dice que junto á Ruan en el país de los velocasos se volvieron á reunir los teutones, cimbrós y helvecios. Oponiéndose los pueblos belgas reunidos á que penetrasen en su país los emigrantes, y no pudiendo estos volver por donde habían llegado, por haber devastado todo el país á su paso, ni tampoco dirigirse hácia Oriente por cerrarles el paso los citados pueblos, ni al Norte donde encontraban el mar, no les quedó mas camino expedito que el del Sur, y entonces les ocurrió quizás por primera vez la idea de penetrar en Italia, ya que ni en España ni en la Galia veían medio de establecerse. Dividieronse, pues, en dos grupos probablemente á consecuencia de la imposibilidad de abastecerse siguiendo todos juntos una misma ruta, separación que se verificó probablemente en el país de Dijon. El hecho es que los cimbrós y tigurinos repusieron el Rin volviéndose á Suiza para entrar por este lado en Italia, mientras que los teutones acaudillados por Teutobodo, con los ambrones y tougenos siguieron en dirección al Sur entre el curso superior del Loira y el del Saona, por la orilla derecha de este último río y del Ródano, con objeto de penetrar en Italia por los Alpes Marítimos.

Los treinta meses que habían pasado desde la fatal batalla cerca de Orange al norte de Aviñon habían sido muy bien aprovechados entre tanto por los romanos. En vista del espanto general que se había apoderado de toda la Italia al solo nombre de los cimbrós, habían prescindido de la ley, y confirmado no solo por el siguiente, sino por 4 años mas la dignidad de cónsul en la persona de Cayo Mario, su mejor general y el mas temido de todos sus enemigos, el cual redujo luego á la obediencia á los galos sublevados, introdujo una nueva táctica y restableció la disciplina y la confianza en las legiones muy debilitadas por la codicia é incapacidad de los últimos jefes y por las constantes victorias de los enemigos. La nueva táctica de este general era infinitamente superior á la de los bárbaros é inutilizaba en particular su terrible embestida en forma de cuña.

Al querer seguir los teutones su camino por la orilla izquierda del Ródano, después de haber pasado este río, se encontraron con un campamento fortificado y perfectamente abastecido por un canal desde el Ródano al mar, ambos expresamente contruidos por Mario en la confluencia del Isère con el Ródano cerca de Valencia para cerrar á los bárbaros los dos únicos caminos que entonces conducían á Italia, es decir el del monte pequeño de San Bernardo, y el de la costa por Marsella y Niza. Tres días seguidos duraron los asaltos de los germanos al inexpugnable campamento, pero su impetu bárbaro, lo mismo entonces que por espacio de siglos después, se estrelló contra el arte y superior estrategia de los romanos. Viendo los teutones la inutilidad de sus esfuerzos, resolvieron, después de grandísimas pérdidas, abandonar la empresa, y dejando el enemigo á sus espaldas, pasaron adelante para tomar el camino de la costa. Seis días, refieren los autores, duró el paso de sus carros y demás impedimenta por delante de las mismas puertas del campamento desde cuyos baluartes los miraban pasar inmóviles los guer-